
C A P Í T U L O X I X

De los consejos que el Dr. Quix dio a Sancho, y la llegada a Sanisidro

En las dos jornadas siguientes, la decoración del suelo cambió por completo. Caminaban por un gran valle, formado por el río de las Ánimas, donde estaban los más ricos plantíos de la provincia. Prados llenos de pastos, labranzas de maíz, plátanos y yuca; aquí una hacienda, con su gran casa de teja, o un conuco, con su choza pajiza; más allá, en las verdes lomas, los animales de cría en perfecta libertad: todo se unía para indicar a nuestros viajeros que estaban próximos a la ciudad y en el seno de una población laboriosa.

—Acércate, Sancho, que quiero instruirte en varias cosas indispensables para la nueva vida que has de llevar, porque barrunto que estamos ya al término del viaje. Todas las carreras tienen leyes y disciplina particulares: las tienen los que profesan la Religión, lo mismo que los que toman por oficio las armas o la toga; y asimismo las tienen los que siguen las letras y las artes, pero en ninguna carrera es tan estrecha y rigurosa la observancia de sus propias leyes y disciplina, como en la novísima Orden del Progreso, a que estamos afiliados, so pena de quedar privados de los bienes y alta fama que en tan preclara hermandad se alcanzan.

—Diga su merced, que soy todo oídos.

—Primeramente debes medirte en el lenguaje, procurando trocar los nombres vulgares de las cosas, que todo el mundo usa y entiende, por otros más nuevos y resonantes, sacados del tecnicismo científico o de otras lenguas, o bien, apelando a la metáfora. Por ejemplo, si estás enfermo, di que estás morbososo; si te desazonan o cosquillean los nervios, que estás neurótico o neurasténico; llama al sol, helio; al mar, undívago elemento; al calor,

plutónico ambiente; al frío, espasmo gélido; al alma, psiquis; a Dios... mejor será que no hables de Dios, sino del Gran Misterio.

—¡Pero eso es una gran herejía, mi amo!

—Cuánto mejor, Sancho, porque en pueblos totalmente católicos, como estos de Hispano América, sería vulgaridad y necio tradicionalismo acomodarse al sentir y pensar de todos. Debes, pues, aparecer incrédulo, porque la incredulidad religiosa es la salsa con que se condimentan todos los manjares en la mesa del Progreso.

—Si esos manjares son como aquellos del buque, con razón de que sepan a diablo. Hágase su merced hereje, renegado o turco, que yo moriré en mi ley, que es la ley de Cristo.

—No, Sancho, no me has comprendido: el Progreso moderno es tan suave y acomodaticio, que apenas toca en la superficie, en la apariencia de las cosas. Si tu fe y tu conciencia te impiden como a mí ser incrédulo, aparenta, por lo menos, desdén o indiferencia, tratándose de dogmas y doctrinas de la Iglesia.

—Vuelta la burra al trigo, mi amo. ¡Qué empeño se le ha metido en hacerme mal cristiano!

—Mi empeño es hacerte gran filósofo y espíritu libérrimo, puesto que con esto, y con que taches de ridículas las ceremonias del culto católico, en presencia de los devotos bastará para que se te estime como espíritu fuerte del siglo, colocado muy por encima de las multitudes y medianías creyentes. Persiguiendo el mismo intento, no debes citar, para autorizar tus juicios, el nombre de ningún Santo, Pontífice, Obispo ni Religioso, aunque haya sido tan sabio como Salomón; ni tampoco traer a cuento, con el mismo fin, ningún personaje ni autor español o criollo, porque el Progreso es esencialmente laico, cuanto a lo primero; y cuanto a lo último, los nombres extranjeros por sí solos, tienen un prestigio y autoridad de que carecen los nuestros.

—¿Y de dónde voy a sacar yo, que no soy leído, un nombrazo de esos, a cada triquitraque?

—Si la memoria no te ayuda en el momento preciso, ganguea un poco, y suelta por las fosas nasales un nombre cargado de consonantes, diciendo que ese tal autor lo dijo, y nadie dudará de lo que afirmas, aunque sea un desatino, ni tampoco te pedirán cuenta de la invención. Igual cosa

debes tener presente respecto a los nombres de lugares: a excepción de Francia, no debes citar ningún nombre de pueblo latino, porque el progreso tiene su geografía especial y privilegiada, en la cual no tiene cabida nada que huela a tierra española, ni aun a tierra italiana.

—¿De modo que no puedo hablar de España ni de Italia? Sepa su merced que es más estrecha que una Cartuja la orden en que nos hemos metido.

—Sí puedes hablar de ellas, pero con sujeción a estas reglas de la Orden: sólo es permitido nombrar a Italia cuando se trata de una cantatriz, un mármol, una pintura o una ruina; y de España, solamente para recordar la arquitectura arábiga, las corridas de toros y las hogueras de la Inquisición. En cambio de estas severas restricciones, tienes amplia libertad para hablar de los demás lugares, que gozan del privilegio dicho, *de re omnibus*, en la confianza de que aun cuando te referas a la más rústica y desmantelada aldea, en teniendo nombre sajón o francés, en la imaginación de tus oyentes aparecerá el lugarejo como un gran centro de civilización y de progreso, digno de ser tomado por modelo.

—Debiera darme por escrito estas cosas, para poder arrimarme al maestro de escuela o al sacristán del pueblo a donde vamos, si su merced no está presente cuando las haya menester.

—No es esto todo: como estos pueblos de Sur-América tienen la misma lengua y las mismas costumbres que los de España, con pocas variantes, debes manifestarte siempre en abierta oposición contra las cosas de la tierra, y acoger, por el contrario, a ojos cerrados, cuanto se importe del extranjero.

—Pero esto, mi amo, peca contra aquel viejo refrán: a la tierra que fueres, haz lo que vieres.

—Eso no habla con los pueblos semisalvajes, y además, contra ese refrán está otro que dice: nadie es profeta en su tierra; y por ello, ningún pensamiento, palabra ni obra es cosa buena en su terruño. Haciéndote, pues, propagandista e introductor de extrañas novedades, ganarás fama de progresista y aureola de modernismo.

—En ganando dinero, lo demás lo doy de barato.

—En tu persona debes también guardar la disciplina de la Orden:

caminarás precipitadamente en público, aunque no lleves prisa alguna, porque con esto darás a entender lo habituado que estás al movimiento vertiginoso de las grandes capitales, sin desperdiciar un segundo, siguiendo el lema del gran pueblo: *Time is money*.

—Destripeme ese latín, mi amo.

—No es latín, Sancho, sino inglés, el cual significa que el tiempo es oro, dinero sonante. Volviendo al modo de presentarte, como los españoles e hispano-americanos tenemos por naturaleza el pie pequeño, y sea acaso esta la causa de nuestro retardo en el camino del progreso, a fin de obviar este inconveniente, y no quedarnos atrás de la raza sajona, cuyos individuos tienen el pie de media legua de andadura, ahora se ha inventado una especie de calzado con una punta sobrante en hueco, de más de cuatro dedos; y este calzado, de asimilación fisiológica, será el que debes usar para que con sólo verte los pies, crean que eres extranjero.

En esto descubrieron mucha gente de a pie y de a caballo que venía hacia ellos por el mismo camino.

—¡Importántízate, Sancho! pues si no me engaño, esta lucida comitiva viene de la ciudad a nuestro encuentro.

Los transeúntes con quienes hasta allí se habían tropezado, eran casi todos labriegos, por lo que D. Quijote poco se había recatado de ellos en punto a cabalgadura, pues no obstante la manifiesta violación de las leyes del Progreso, iba muy a sus anchas sobre el pollino, pero al divisar tanta gente, y sospechar lo que era, prontamente echó pie a tierra y aderezó otra vez la bicicleta, contento de ver que ya el suelo era menos rebelde a las ruedas.

No bien se allegaron los del séquito, descubrióse en ellos la mayor sorpresa, unida a un continente respetuoso y tímido, a vista del Dr. Quix y su compañero. Adelantóse, sin embargo, un joven, en quien el ilustre sabio fijó al punto toda su atención, porque llevaba como él traje de turista el cual se descubrió con elegancia y le dirigió la palabra a nombre del gobierno y habitantes de la provincia de Sanisidro.

Sancho miraba y oía todo con grandísimo asombro, a tiempo que el Dr. Quix, detenido en su bicicleta en la mitad del camino, estaba hechizado con la arenga del joven comisionado, que era el mismo que ya sabemos, el ingeniero electricista Policarpo Zúñiga, quien no fue a Roma por la respues-

ta, puesto que el Dr. Quix, cuando apenas terminó la bombástica y neurótica salutación, tomó aliento, se empinó en la rodante máquina, hizo un saludo napoleónico con su atoquillado casco prusiano, y rompió a hablar en estos términos:

—¡Saludo en vosotros al pueblo soberano de América! al pueblo de las energías indomables y los heroísmos helénicos, al pueblo de las titánicas convulsiones, que ha sacudido la coyunda de una esclavitud secular e inmisericorde, llena de despotismos psicológicos, de ideas fósiles y de enervante tradicionalismo, para abrir los ojos a la sidérea luz de la Razón, la Libertad y el Progreso, ideales radiosos y fulgurecentes, que el ser antropológico persigue en su fatigosa marcha a través del Evo misterioso é infinito!

“Apóstol de la nueva idea y eterno peregrino del Progreso, mi patria está donde haya tinieblas que disipar, multitudes irredentas que instruir y campos sin cultivo donde aventar la fúlgida simiente del modernismo redentriz, que no quiere para el pensamiento trabas, ni para los pueblos fronteras. Yo vengo con la vidente misión de abrir las cien puertas de este edénico mundo, cerradas durante siglos por un nacionalismo estúpido, de abrirlas, repito, a la evolución salvatriz del cosmopolitismo, para traerle elementos étnicos más propulsores, hombres de otras razas, dotados de circunvoluciones celulares más rápidas y fosfóricas, que analizan todas las cosas con la precisión del número estadístico, y todo lo explotan en grande con la potencia del capital, que es el Júpiter Tonante de la edad moderna, un Coloso más grande que el de Rodas, erigido por la raza sajona en la América Septentrional, para que todos los pueblos del globo pasen por entre sus enormes piernas, reconociendo dócilmente la supremacía de los nuevos factores del Progreso: la máquina y el billete de banco.

“Mantened, pues, abiertas las puertas de vuestro rico país a los zapadores del progreso universal; estrechad filas con ellos, para que pronto veáis estos valles y colinas rasgados por el arado eléctrico; y estas altas montañas, agujereadas por su base, para dar paso a los trenes de vapor; y estos ríos invadables, cruzados por el aire con las redes del puente colgante; y estas humildes chozas y solitarias aldeas, convertidas de la noche a la mañana en palacios de la industria y ciudades populosas, todo por obra del cosmopolitismo avanzado y el progreso indefinido!”

Es indescriptible el entusiasmo que este discurso produjo en la comitiva: era la primera vez que resonaba en la provincia una voz tan potente y deslumbradora, a que se agregaba la extraña figura del Caballero cosmopolita, con su traje clásico de turista, montado en la bicicleta, primera máquina de su especie que rodaba por la comarca.

Absortos, mudos, lelos de admiración quedaron todos ante aquella como visión apocalíptica: la prensa, que es un poder sobre todos los poderes, se había encargado de cuasi divinizar al Dr. Quix, el inventor del Heliógrafo. Ya se le designaba con el nombre de Nuevo Josué, que por artes químicas, había detenido al sol en su carrera para hacer que alumbrase de noche. ¡Y eso que no se conocían sus más recientes y estupendos descubrimientos en la virgen América!

El mismo Sancho estaba con la boca abierta, oyendo hablar a su amo en términos tan flamantes y enflautados; y tanto él como los del encuentro no dudaron que el Dr. Quix sabía la magia blanca, y hasta la azul del modernismo poético, y que podía transformarlo todo con sólo tocar el suelo aquí y allá con la punta metálica de sus zapatones de turista.

Policarpo se puso al lado del doctor, y entre vítores y detonaciones de pólvora, regresó la comitiva, acompañando en su marcha a nuestros agasajados viajeros, a quienes se ofreció coche en una aldea inmediata, para que hiciesen su entrada a la ciudad. A uno y otro lado del camino, entre la aldea y la ciudad, se agrupaban los curiosos, bajo las banderas y guirnaldas que exornaban las casas del tránsito.

Ni D. Quijote ni Sancho, desecharon el coche, pero ni uno ni otro quisieron dejar a la buena ventura la bicicleta y el asno. Ordenó, pues, el doctor a su colega que liase bien la primera sobre el pollino, y que acomodase también sobre la alabarda los instrumentos científicos, que a la mano llevaba, a saber: trípode, fotografía, brújula, termómetro, barómetro, etc., etc. De esta carga preciosa se hizo cargo inmediatamente el ingeniero Policarpo, como cosa de su resorte, y la entregó en seguida a dos personas de su confianza, para que la llevaran delante del coche en que iba el Dr. Quix, pues así lo quiso éste, con la mira de que se entendiese que tal como en la Caballería de las Armas, los paladines que iban a las justas y torneos, llevaban delante el lío de las que habrían menester, así en las justas y torneos de la civili-

zación, los Caballeros del Progreso debían de llevar delante las máquinas e instrumentos científicos que acreditaban su brillantísima carrera.

Iban, pues, en trofeo sobre el pollino, y abriendo la marcha, los menesteres dichos, como talismán y emblemas del Progreso, sobre los cuales pudiera haberse escrito aquel reto caballeresco que se leía sobre las armas del famoso D. Roldán:

*Nadie las toque,
Nadie las mueva,
Que estar no pueda
Con Roldan a prueba.*

Esto no hablaba con Policarpo, quien sí podía estar a prueba con el Dr. Quix, como hombre venido de Nueva York, y por ende ducho en las cosas modernas, que podía a su sabor, con envidia de los circunstantes, tocar, examinar y requerir los flamantes instrumentos del Progreso.

En una palabra, el recibimiento fue espléndido: hubo banquete, discursos, boletines de la prensa y numerosas demostraciones en obsequio del egregio viajero, quien supo corresponder a estas ruidosas pruebas de admiración con palabras alentadoras y retumbantes, empapadas en el caldo en que nadaban todas sus ideas: la evolución y el modernismo a todo trance. Acosado a preguntas sobre el heliógrafo, se vio en la necesidad de repetir su conferencia sobre el asunto, añadiéndole el reciente hallazgo del helióforo, aunque guardándose de decir el paraje, porque empezaba a temer que Policarpo le fuese a la mano en estos descubrimientos científicos.

Aunque las rentas de la provincia eran escasas, el gobierno creyó de su obligación ayudar al Dr. Quix en sus admirables empresas: no hacerlo, era exponerse a ser calificado de retrógrado, y merecer la censura universal: el Progreso es el *Sanctus Sanctorum* de la época. ¡Desdichado de quien se le oponga! Al día siguiente de la llegada del mágico doctor, circuló impreso un pomposo decreto, por el cual se le auxiliaba con doscientos pesos mensuales, durante el tiempo que permaneciese en la provincia.

—Entienda, mi amo, que nunca la habrá visto más gorda su merced:

lo reciben como un príncipe, y le llenan el bolsillo de dinero, sin más trabajo de su parte que hablar aquí y allá sobre el bendito tema del Progreso, que ya veo que no es humo de pajas, sino cosa de gran provecho.

—Esto te dice con harta elocuencia que la profesión que seguimos es la más útil y gloriosa en los tiempos presentes. No es menester llegar en ella al terreno de los hechos, para subir a la empinada cumbre de la Fama. El abogado tiene que ganar ruidosos pleitos; el médico, hacer curaciones prodigiosas; y el artista, modelar estatuas, pintar lienzos o componer músicas, obras que salgan del común nivel, para que lleguen a merecer la atención del público; a tiempo que los que toman puesto en nuestra Orden, tienen y les basta con salir por el mundo, como apóstoles andantes, predicando en nombre del Progreso, para que, sin más ni más, todos los oigan, todos los reciban, todos los agasajen, y en una palabra, todos les rindan homenaje, y los sigan como seguían al poeta Orfeo los primeros habitantes de la Grecia.

A Policarpo le vino la llegada del Dr. Quix como anillo al dedo: ya tenía con quién conversar y quién lo entendiese, tratándose de cosas del gran mundo, novedades científicas y empresas modernas. Los ratos que pasaba al lado del inventor del heliógrafo, que eran los más del día, aquello era de verse: componían y descomponían el mundo con una facilidad admirable por medio del átomo, la molécula, la célula y la evolución espontánea. En sus fulgurantes conversaciones, silbaban las locomotoras, crujían los cables, giraban las turbinas, humeaban las calderas de vapor, y todo eran dinamos, bombas, motores hidráulicos y corrientes eléctricas! La gente los oía con la boca abierta.

Pero el Dr. Quix estaba de paso: todas las súplicas de Policarpo y vecinos notables de la ciudad se estrellaron contra su palabra empeñada de no parar hasta la dichosa villa de Mapiche, donde hacía días lo esperaba Santiago, su amable y simpático compañero de viaje, cuyo nombre andaba de boca en boca, como el de un joven afortunado, en camino de la celebridad y de la gloria.